

Revisión de Libros

MARÍA TERESA CÁRDENAS MATURANA

“La musicología me entregó las técnicas de investigación, y ellas se pueden aplicar a cualquier objeto, no necesariamente musical”, señala Rafael Díaz Silva (Santiago, 1962) para explicar cómo transitó de una disciplina a otra. Reconocido compositor y etnomusicólogo, entre cuyos hallazgos se encuentran las flautas tiwanku y aónikenk, obtuvo el trigésimo Premio Revista de Libros con la biografía **Walter Benjamin. La herida de la libertad se abre hacia adentro**, elegida de manera unánime por el jurado que integraron el escritor peruano Alonso Cueto y los académicos chilenos Rodrigo Cánovas y María José Cot. Publicada por Ediciones El Mercurio, con prólogo de Raúl Zurita, la obra llegará próximamente a librerías.

“Cambié mis objetos de estudio cuando llegué a trabajar a una universidad europea —agrega—. Allí la investigación es esencialmente transdisciplinaria. Me fui expandiendo naturalmente hacia otros intereses. No me costó adaptarme. Lo difícil de explicar es la composición. ¿Por qué escogí un arte como mi primer camino si había tanto que me interesaba, letras, ciencias, matemáticas? No lo sé. Tal vez ese joven que fui necesitaba un arte desesperadamente”.

Después de estudiar en Washington D.C., Siena, Madrid y Berlín, y de vivir una temporada en Asís, en la actualidad está radicado en Rávena, Italia, donde trabaja como profesor e investigador del Instituto Ambrosiano. En los últimos cinco años, dice, ha estado solo dos veces en Chile: en 2019 y ahora. Llegó a fines de junio e inmediatamente viajó a Alto Palena, una localidad “fuera de todo” en la que antes hizo clases de música a niños y hoy se está construyendo una cabaña.

De paso en Santiago —que lo ha hecho sufrir con el esmog—, esta semana asistirá a la ceremonia de premiación y un par de días después viajará para retomar sus compromisos académicos.

Tiempo y temporalidad

Si antes su objeto de estudio fueron los instrumentos musicales de los pueblos originarios, su investigación sobre Walter Benjamin se centró en un valioso manuscrito que el filósofo llevaba en su maletín y que desapareció tras su muerte: su ensayo acerca de **El proceso**, de Franz Kafka. “El hallazgo de la flauta aónikenk, como el ensayo de Benjamin, fueron portales que se abrieron después de muchos años de trabajo —reflexiona—. En ambos casos buscaba otra cosa, pero, al mismo tiempo, buscaba algo que no calzaba: no tenía sentido que los fueguinos no hubieran tenido instrumentos musicales, como aseveró taxativamente Martín Gusinde, y no tenía sentido que Walter Benjamin no hubiera dejado respaldo de su último manuscrito, siendo un gran escritor de cartas. Esa nota falsa, esa voz del inconsciente, fue lo que hizo el trabajo. Lo demás fue perseverar, pasarme años a solas con esa voz interior, pero eso no me cuesta, es propio de mi naturaleza”.

Una naturaleza que se le hizo más evidente en sus trabajos de campo. “Hay algo que siempre me hará falta del modo de vivir de los pueblos originarios: su sentido del tiempo. En la región mapuche y en la atacameña aprendí que tiempo y temporalidad no son sinónimos. El tiempo es lo que nos consume. La temporalidad es lo que nos abstrae del tiempo. El tiempo mapuche es binario, sucesivo e infinito. Al subdividir en dos el infinito, el mapuche se sumerge en una temporalidad pulsativa. En la cultura atacameña, el tiempo es un espacio que se habita en un estado de movimiento, es decir, el tiempo es un espacio en que una persona ‘sucede’, pero el espacio también ‘sucede’ en la persona. Y como la música está hecha de tiempo, esa percepción del espacio-tiempo entraba en mi música, casi sin saberlo. Gracias a mi trabajo con los pueblos originarios aprendí que lo sucesivo y lo simultáneo es lo que distingue al tiempo de la temporalidad”.

Y comprendió, además, que “en mi trabajo en Santiago vivía en el ‘horror de lo sucesivo’, como dice Borges, pero que no necesariamente tenía que ser así. Después supe que la temporalidad no es transferible, porque depende de la memoria. El tiempo no necesita que nadie lo recuerde. El tiempo no necesita de nosotros”.

Vivir en el extranjero no representa “una diferencia significativa” para Rafael Díaz. “En todos los países donde he vivido siempre reproduzco mi pequeño cuarto donde estudiaba cuando niño. Hablar y escribir en otros idiomas, enseñar materias de migración y transculturalidad y no de música, no son cambios radicales, porque nunca dejo de estar en mi pequeño cuarto. Lo que ha cambiado es que ahora no tengo certezas. Antes pensaba que un día me iba a jubilar de la universidad y me iría a sentar a la plaza a leer el diario a la espera de

ENTREVISTA | “La herida de la libertad se abre hacia adentro”

Rafael Díaz Silva:

“La memoria es un bálsamo, se lleva la realidad y nos deja la verdad”

El compositor y etnomusicólogo chileno dio un giro en sus investigaciones y se sumergió en las incógnitas que dejó Walter Benjamin tras su suicidio en Portbou, cuando huía de los nazis. En el camino, fundió su propio destino y la búsqueda de sus antepasados con la experiencia del filósofo judío alemán. El resultado fue la biografía ganadora del 30º Premio Revista de Libros, que organizan El Mercurio, CMPC y la Pontificia Universidad Católica de Chile.

que mi hijo Vicente llegara a visitarme para almorzar. Todo eso se rompió en un segundo. Al irme a trabajar fuera del país, pensé que sería por dos años, y ya llevo cinco. He tratado de volver, pero no he podido. Tal vez esta vida de extranjero es la mejor para mí y no hay que cambiar nada. Es un privilegio que a uno le paguen por pensar y escribir. Aprendí que los países son paisajes que pasan a través de uno, y si uno los deja pasar, no nos hacen daño”.

Sexto de siete hermanos, Rafael Díaz es sensible e intuitivo, y parece encarnar el misterio y la fragilidad que transmiten las páginas de su libro, donde el destino de Benjamin se va enlazando con su propia experiencia de huida, cuando una situación absurda lo deja sin documentos en Madrid. Una tercera hebra es la búsqueda de sus raíces judías: el certificado de nacimiento francés de su madre y el lugar donde murieron sus abuelos maternos.

—Sobre Walter Benjamin se ha escrito e investigado bastante, ¿por qué le interesó este personaje?

—Porque es desilusionante tener tanto libro sobre él y encontrar tan poco de él. Todos los libros repiten los mismos datos, algunos de ellos erróneos. Y solo hacía falta ir un poco más lejos para que apareciera lo que no se dice, el horror de esos años, el horror de la indolencia de Theodor Adorno que abandona a su amigo a una muerte segura, y después hace desaparecer su último ensayo; el horror del propio comportamiento errático de Benjamin, que en vez de luchar para ponerse a salvo se refugia en el mantra de su escritura. La investigación en ciencias sociales, si se hace en serio, termina siendo un género de horror.

“Me daba mucha pena leer libros que ni siquiera tocan la superficie de su profundo y bellissimo lenguaje —agrega—. Hay una

actitud postural, mímica diría, de querer hablar de él, y no se trasciende. Tal vez la dificultad es que Benjamin es un poeta del pensamiento, y eso lo vuelve elusivo”.

Y afirma sin falsa modestia: “Estoy contento, porque este libro mío es una verdadera ayuda para quienes quieran acceder a la sutileza de las ideas benjaminianas”.

—Refleja, por ejemplo, que para Benjamin y otros pensadores de su época, escribir era un modo de autoesclarecimiento.

—Por cierto. Benjamin era violentado por todas partes. Y tal vez por eso mismo se decidió a reflexionar sobre la violencia. Partió por objetivarla. Benjamin comprendió lo que entendería después Dietrich Schotte, es decir, cuando se aborda la palabra violencia, se vuelve igual a todas las palabras que dicen “violencia”. El concepto termina por hacerse inasible. Entra en el terreno de lo relativo y su condena se vuelve irrelevante. Lo que llegó a entender de la violencia está en el libro.

—¿Usted la ha experimentado?

—Mis largos años de docencia en dos universidades chilenas me permitieron comprender que la violencia está enquistada en la institución misma, en algunas de sus autoridades, que pierden el control de sí mismas cuando disponen de poder. En esas instituciones siempre me sostuve por el respeto que provenía de mi trabajo intelectual. Cuando aquello dejaba de ser un valor, yo resultaba fácilmente eliminable, porque no sirvo para crear vínculos políticos que me libren de un déspota. Todo pasaba, y todo pasa hoy, por el respeto intelectual. En Italia es lo mismo, solo mi trabajo me sostiene.

En el prólogo, Raúl Zurita alude a la visión de Benjamin sobre “los oscuros signos que arrojaba el porvenir”. Rafael Díaz reflexiona: “Siempre son momentos difíciles para vivir. Pero, a veces, lo son más. Un mes después de haber terminado el libro, comenzó la guerra de Ucrania. De pronto, todo lo que contaba se volvió actual. Comenzaron a llegar

Hay una actitud postural, mímica diría, de querer hablar de Benjamin, y no se trasciende. Tal vez la dificultad es que él es un poeta del pensamiento, y eso lo vuelve elusivo”.

La investigación en ciencias sociales, si se hace en serio, termina siendo un género de horror”.

En todos los países donde he vivido, siempre reproduzco mi pequeño cuarto donde estudiaba cuando niño”.

La realidad de mi libro es fácil de coleccionar, es absurda, espantosa y desordenada”.

refugiados ucranianos a Italia. Yo los veía llegar, niños y niñas sin sus padres, mujeres sin sus hombres, hombres sin sus mujeres, mujeres y hombres solos. El horror se actualizó. El porvenir ya pasó, y es siempre espantoso.

—¿Por qué quiso relacionar la huida de Benjamin con la suya y con la búsqueda de sus orígenes familiares?

—Había comenzado mi investigación sobre Benjamin cinco años antes, como una tesis de posdoctorado. Después, ya no fue más una tesis, pasó a ser un diario de viaje. Se volvió evidente que caminaba sobre las huellas de Walter Benjamin. En ese instante estaba completamente solo. No tenía documentos. Tener un nombre se volvió algo importante. Primero, busqué mis orígenes como un medio de tener un nombre y un país, de salir de mi situación de inmigrante irregular. Después lo busqué para entender por qué me pasan las cosas que me pasan. Mi vida ha sido poco convencional.

El título del libro está tomado de una frase que se encuentra en sus páginas: “La memoria es el único género donde la herida de la libertad se abre hacia adentro”. Sobre los alcances de esta definición, afirma: “La memoria es una forma de esconder la verdad. Es una herida que se abre hacia dentro, duele pero todo queda en el interior”.

—Usted dice que “todo es memoria” y que esta “es arbitraria”. ¿Cómo hizo para que resultara un texto coherente y verosímil?

—La memoria no es real, por eso es coherente y verosímil. Es un género literario, y nos ha sido dada para entender lo que nos pasa.

José Emilio Pacheco nos dice que no debemos confiar en la memoria, que, a lo mejor, no hubo esa tarde. No debemos creer en ella ciegamente. Pero la memoria es un bálsamo, se lleva la realidad y nos deja la verdad.

En el texto hay pasajes que parecen más bien de ficción, como cuando el autor tiene acceso a diez cuadernos de Benjamin sobre **El proceso** en manos de un coleccionista. O su periplo sin documentos y durmiendo incluso en la calle. “Ojalá pudiera decir que fue una licencia de la memoria. Pero es la realidad, y, por tanto, no es coherente ni verosímil como la memoria. Fue una experiencia dura, a veces horrible. La realidad de mi libro es fácil de coleccionar, es absurda, espantosa y desordenada. Lo que hago es escribirla como un poema en prosa, porque el peso de la realidad es demasiado y no necesito redactar la realidad con más realidad”.

—¿Cree que la vida es “habitar con confianza un espacio que debiera derrumbarse”, como dice su libro?

—Yo no debería estar aquí. Mis huesos deberían estar en una quebrada de Portbou. No tengo confianza en que sobreviviré a todo lo que me ha pasado. Aún hay un margen de incertidumbre. Pero esa falta absoluta de confianza me da un gran valor para enfrentar los días.

Lo único que aún puede aportar salvación es lo extraordinario, dice Benjamin, a quien, podría decirse, lo salvó la posteridad. “En mi vida he experimentado varias veces lo extraordinario —afirma—, en mi trabajo musical, en la etnomusicología, en la escritura. Lo extraordinario se parece al milagro, que es una extensión de lo natural. Y lo que entonces era sobrenatural ahora es natural, y debemos acostumbrarnos a ello, aunque parezca asombroso. Yo sé que hay una parte de mí que ha tenido que ver con lo extraordinario de mi vida”.

—¿Qué significado tiene, en ese sentido, haber ganado el Premio Revista de Libros?

—Este premio me asombra, porque es un libro raro, pero al jurado no le tembló la mano para premiarlo. La primera persona que tuvo fe en este libro fue Raúl Zurita. Quisiera hacerle justicia en este momento. Él fue el primero en conocerlo y me hizo creer que valía la pena publicarlo. Por mi parte, mi convicción era que Benjamin necesitaba una biografía, una de su vida y una de sus ideas. Era un pacto entre él y yo. De cualquier modo, lo más difícil viene ahora. Es la repercusión de este libro, los embates que vendrán, el vaivén de los comentarios a medida que las personas lo descubran.

—¿Es también un impulso para continuar escribiendo?

—Lo cierto es que después de enviar el libro al concurso seguí trabajando en Benjamin y llegué a compilar algo así como una segunda parte, con datos nuevos y valiosos. Pero no seguí trabajando en esa segunda parte. Me siento bendecido. He sido liberado y recuperado por este premio y esta publicación. Justo a tiempo, era momento de alejarme. Ahora el impulso va por otra parte, y como todo impulso, es inevitable. Ha surgido otro fantasma en mi camino. Cada vez que regreso de mi trabajo, caminando por la Via Ardit, en Rávena, creo ver a Dante Alighieri. Sucede que vivo en la ciudad donde él murió. Y su fantasma parece pedirme algo, tal vez lo mismo que me pidió Benjamin en la estación del tren de Portbou.